

Por lo que toca á México, el alejamiento que antes se advertía entre la gente académica y los hombres de letras más en contacto con el vulgo, tornóse en facilidad de trato rayano en cordialidad, y accesibles los unos á los otros, vino á ser altamente fructuosa la constitución de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española, en la cual han venido ingresando cuantos por su cultura y su amor al habla son capaces de enriquecerla con nuevos contingentes, pudiendo asegurarse que sólo no están en ella, ó los que la desdennan, ó los que no tienen depurados sus merecimientos (1).

Esta institución nacional para el cultivo de la lengua, ejerce influencia sana y fecunda en el fomento de la producción literaria, que tiende más y más cada día á tomar una fisonomía propia, un sello característico que la distingua netamente de la de los otros pueblos americanos de idéntico origen.

Como importante factor de nuestra educación literaria, sería injusto desconocer el impulso que ha venido á recibir de los concursos científicos, de reciente creación, que si bien establecidos para tratar á fondo cuanto mira al desarrollo y adelanto de las ciencias, las disertaciones y discursos en que se producen sus labores, aparte de merecer algunos de ellos el calificativo nada hiperbólico de verdaderas monografías, son, desde el punto de vista de la forma y el estilo, obras genuinamente literarias, como que se piensan y escriben para ser leídas ante un público numeroso y selecto, y ya se ve que el autor que desea interesar á su auditorio no ha de echar á un lado las galas del buen decir.

Pero estas influencias no han ido más allá de la dicción, pues la obra literaria, es decir, el fondo de ella ha continuado informándose, con señaladísimas excepciones, por los modos y estilos franceses. No hemos negado tributo, antes lo hemos ofrecido fervoroso, á las que se llaman nuevas escuelas literarias, aceptando la posibilidad de que tales escuelas alcancen á fundarse en medio de esta nuestra civilización discutiadora y de análisis, dotada de vivo sentimiento individualista, de suyo tendente á la emancipación de sujeciones. Pensamos que si tales novedades han encontrado boga, débese á la fascinación que por lo común ejercen las innovaciones, con especialidad en los espíritus juveniles, siempre fáciles al aplauso de todo lo que sorprende.

Hemos de ver en el curso de este capítulo cómo han resentido nuestra literatura esas novísimas tendencias, hasta extremarse en alguno de sus géneros.

La lírica ha dado abundantísima cosecha. De su bien rica producción podemos, con justicia, estar orgullosos, siquiera ya no haciendo valer sus quilates, porque el fenómeno acusa la alza del nivel de nuestra cultura, al par que su patente difusión.

No cabría negarse que el principal factor de ese fenómeno hay que radicarlo en los cuatro lustros de ininterrumpida paz que venimos logrando, que ella es como primavera fecundísima para el florecimiento de las letras y las artes.

Numerosa falange milita bajo las oriflamas de la divina Musa. Sin jefatura determinada, tributando, sin embargo, por unánime consenso, el epíteto de maestros á los pocos que han alcanzado la merecida fortuna de ganar autoridad indiscutida en materias literarias, nuestros jóvenes bardos cultivan la poesía con la fe y el entusiasmo que son inequívocos signos de una innata vocación. Modeladores de la idea por la imagen, cinceladores de la frase por la estructura del verso, generadores de la emoción por la intensa expresión del pensamiento, tienen el don, ora de comunicar á los profanos el mundo interno que llevan en el alma, ó ya presentarles en puntos de vista inadvertidos las bellezas del mundo externo.

Repetímolo: hay por qué estar orgullosos de nuestros líricos de la generación viviente, sin ser parte á rebajar sus méritos el hecho de que no pocos de ellos, persiguiendo una originalidad que parece rebus-

(1) En la actualidad, la Academia Mexicana consta de los siguientes individuos:

Don José María Vigil, que es el Director de ella, D. José María Roa Bárcena, D. Rafael Angel de la Peña, don Ignacio Mariscal, D. Arcadio Pagaza, D. Alfredo Chavero, D. Francisco B. del Paso y Troncoso, D. Luis Gutiérrez Otero, D. Justo Sierra, D. Rafael Gómez, D. Francisco Sosa, D. Francisco de P. Labastida, D. Joaquín Baranda, D. Rafael Delgado, D. Porfirio Parra y D. José Peón Contreras, todos y cada uno de ellos ventajosamente acreditados en el mundo de las letras.

cada, hayan soltado el vuelo en una orientación que rompa con nuestras tradiciones poéticas y, tal vez, con la generalidad de nuestra lengua madre. Queremos aludir al empeño de que aquí, en México, ha de haber parnasianos y decadentes, sin más razón de que hay en Francia quienes versifiquen y hagan poesía por procedimientos que allá quizás no sean peregrinos. No nos faltan, pues, simbolistas ni *delicuescentes* que nos hablan en algo así como, para nosotros los profanos, incomprensible sitacismo, no iniciados cual no lo estamos en los arcanos del nuevo arte, que, á vueltas de todo, no alienta otra aspiración que la de fabricar mundo aparte, con su lengua mistagógica, cuya inteligencia fuera en vano ir á buscar en los léxicos para descifrar la imagen que los vocablos esconden. Y como si tanta complicación no bastara, hay que dar mayor énfasis al concepto enunciándolo en versos de diez y seis sílabas, infantil artificio, *sesquipedalia verba*, que ya dijo el Maestro, que consiste en poner en un solo renglón dos octosílabos.

Por fortuna, los jóvenes bardos que por tales rumbos se encaminan, abundan en talento, arden en el fuego sagrado y aman el estudio, con lo que ya hay para confiar en que de sí mismos cobren la senda por donde han de ascender al templo de la Fama.

Respecto de la poesía épica, seguimos tan deficientes como más no podíamos hallarnos. Después del ensayo poco afortunado de que ya hablamos en el capítulo anterior, ha sido intentado otro, al que puso encomiástico prólogo el aun llorado maestro D. Ignacio M. Altamirano.

A decir verdad, la epopeya, tal cual los clásicos la concibieron y produjeron, puede darse por bien muerta, ni se concibe ingenio con fuerzas para resucitarla. El realismo de nuestra civilización, obligado engendro del adelanto de las ciencias, ha relegado lo maravilloso á la credulidad de los niños ó de los ignorantes, y el *deus ex máchina*, desterrado ya de la epopeya como de la tragedia, ha ido á refugiarse en la leyenda y en la comedia, donde sólo vive como entretenimiento infantil ó como salvador recurso para resolver situaciones complicadas.

Anda volando en alas de la fama una producción poética que con dificultad acertaría á ser clasificada entre los géneros de poesía de que tratan los libros didascálicos. Poema, indudablemente que lo es; mas ni épico, porque el que sería su epónimo no tuvo existencia real, ni heroico, porque no versa sobre determinado hecho histórico, ni leyenda pura, porque lo maravilloso no interviene en la concepción, en el desarrollo ni en el desenlace de la obra. Para darle algún calificativo, llamaríasele poema lírico-narrativo, y, acaso, alegórico, tomando al protagonista como representación de un grupo social netamente americano.

Ya se adivinará que aludimos al *Tabaré* del insigne uruguayo D. Juan Zorrilla de San Martín, patrón único en su género y que, con ser modelo, se resiste á toda imitación, pues el mérito extraordinario de tan afortunada producción reposa en su singular originalidad: original por la opulencia de la imagen, original por el agitado movimiento que lo anima, original por el genial americanismo en la dicción, y original, por último, por cuanto rompe con los cánones y tradiciones que habían informado ese género de poesía.

Que el poema es alegórico lo afirmamos, atento al héroe que llena sus admirables páginas. *Tabaré* personifica al mestizo, al prototipo de la casta que, del Bravo al Magallanes, ha realizado en la historia de este continente cuanto en ella hay capaz de ennoblecer y dignificar al espíritu humano.

Y no ya de epopeya, pero ni aun del género de *Tabaré* tenemos cosa semejante; mas si carecemos de epopeya, debe ello entenderse en el recto y circunscripto sentido de la palabra; porque en cuanto al movimiento fogoso y arrebatado, que es uno de los caracteres de la épica, podemos ostentarlo con satisfacción en no pocas, en muchas de las odas heroicas con que nuestros vates suelen celebrar las prodigiosas hazañas que alumbran nuestros fastos cual soles indeficientes. Silvas hay en esas odas caldeadas en el sacro fuego en que arden los cantos de Píndaro el divino, y con las que no se desdenarían de alternar las del no menos divino cantor de Junín.

La epopeya ha muerto, sí; la epopeya versificada, sea permitida esta manera de salvedad, que el género se ha transformado, vive hoy en la novela, en este Proteo de la literatura susceptible de revestir todas las apariencias, de traducirse en todos los estilos, desde el trivial y doméstico hasta el más elevado y grandioso. En la novela puede hallar la épica el nuevo rumbo por donde volar más libremente, aunque

con detrimento, ¿cómo negarlo?, de la avasalladora majestad del verso sonoro y rotundo, que era como su esencial atributo.

Mas esta epopeya degenerada no ha llegado aún á germinar en el suelo de nuestra literatura, y ello por razón que encontramos obvia.

Tendría el asunto que ser escogido en nuestra historia, y nuestra historia data de ayer, lo que constituye un inconveniente por demás serio, para no decir insuperable, en la tarea de hallar al héroe del poema. Y no que no los tengamos, abundan para gloria nuestra, ya en el período de la cruentísima guerra de emancipación, iniciada y sostenida por excelsos y venerables caudillos, ya en datas posteriores; pero



D. Eligio Ancona

esos personajes á quienes de todo derecho corresponde el culto de semidioses, no se adaptan á las exigencias del poema épico. Su vida y su gesta por demasiado recientes cohiben la fantasía creadora del poeta, no dueño de alterar hechos y caracteres que aun gozan de una vida de actualidad. La demasiada realidad del héroe no da cabida á la ficción, arriesgada á ser tenida por mendosa. Peregrino sería ir á tomar el héroe en la historia de los pueblos anteriores á la conquista hispana; porque ¿cuál sería el ideal que dominaría el asunto?, ¿cuál la finalidad del poema? A lo sumo, enaltecer, tratar de glorificar la fuerza bruta ó las intemperancias de la barbarie.

He aquí por qué no podemos hacer aún la novela épica.

Ibamos á hablar de la tragedia, pero esa es también otra muerta.

Quédanos como legado de ella el drama histórico; mas acontece con él, para nosotros, lo que con la epopeya. No faltan asuntos en nuestra historia del más alto interés dramático; pero salvo los que corresponden á la época colonial, algunos

de ellos ya explotados con ventaja, aun no pueden ser llevados á la escena, porque, conocidos hasta en sus más insignificantes detalles, no están en condiciones de ser dramatizados. Para que un asunto real, para que un personaje real puedan penetrar en los dominios de la escena, es necesario que la bruma del tiempo se haya interpuesto entre ellos y el espectador, que sus lineamientos sean un tanto imprecisos y aparezcan como esfumados, pues sólo así se halla en capacidad la fantasía de ejercitar su inventiva, sin temor de atentar contra la verdad.

Del drama trágico poseemos un ensayo, fruto de la inspiración de uno de nuestros más ilustres hombres de letras, que tanto ha brillado como poeta, dramaturgo y prosador, cuanto en los estudios de nuestra arqueología, como historiógrafo, como político, en el periodismo y en la tribuna parlamentaria (1).

Nuestras noticias en materia de dramas históricos son bien escasas. La conjuración del marqués del

(1) Se alude al ensayo trágico: *Quetzal-coatl*.

Valle y el sublime acto de generosidad del general D. Nicolás Bravo, que vale por la mejor hazaña de la insurgencia, son asuntos que han inspirado obras dramáticas justamente aplaudidas. El último de éstos ha sido tratado, se asegura que de mano maestra, pues aun no ha llegado á verse en la escena, por uno de nuestros más preclaros hombres de letras, lo que hace no dudemos del mérito de la composición, que vendría á ser comprobación elocuente de cómo ciertos privilegiados ingenios, con el propio tino con que resuelven arduas dificultades de diplomacia ó cuestiones de alta jurisprudencia, crean obras literarias dignas de admiración.

El cultivo de este género de literatura en sus otras formas más comunes, el drama y la comedia, que tan fecundo se mostró hasta hace obra de veinte años, ha decaído notablemente, y no pasan de dos los ingenios que hayan seguido rindiendo tributo á la divina Melpómene, y de éstos, uno, dotado de poderosa imaginación, nos ha ofrecido en la materia fruto abundante y sabroso. Difícil parece acertar con la explicación de este decaimiento de la dramática, y nos atrevemos á aventurar se deba á la boga y popularidad de que ha venido privando en el teatro el género llamado *chico*; y tanto es verosímil nuestra suposición, que, sin duda movidos por el éxito, nada digno de loa, que el tal género ha alcanzado, algunos de nuestros poetas se han echado á libretistas de zarzuela.

En donde la actividad literaria se ha manifestado más intensamente es en la novela, en la que, si cierto es que han malversado su privilegiado ingenio, sus altas facultades de noveladores, algunos de nuestros hombres de letras, en el empeño de aclimatar procedimientos exóticos en esa forma de poema, no lo es menos que podemos ostentarnos orgullosos de poseer un número no escaso de verdaderos novelistas, creadores del romance nacional.

Aquí, como en Guadalajara; en Mérida, como en Orizaba, como en tantos otros puntos de cultura patria, han aparecido, en estos últimos veinte años, novelas magistralmente escritas, que *prohijaría* cualquiera literatura, y cuya originalidad las marca con el sello de genuina producción mexicana. Todos los matices del género han sido ensayados, hasta el naturalismo y la experimentación, últimos procedimientos preconizados y practicados por quienes aspiran á crear nuevos cánones de lo bello en letras y arte. La tentativa parece que no ha sido infructuosa, por más que el sistema ó la escuela repose sobre bases que, si no son falsas, son de puro convencionalismo. La obscenidad, tal cual los naturalistas la introducen en sus producciones, nunca podrá entrar dentro del concepto del arte. En este respecto hemos llegado á la crudeza más ruda: que ha habido quien, no se sabe si á título de naturalista ó de *experimentista*, ha hecho la descripción, sin perdonar detalle ni signo, del desfloramiento de una doncellita.

En cuanto á la novela experimental, si el concepto no es falso, es convencionalismo puro, repetímoslo. El poema, que sin eso ya no lo fuera, reclama la labor de la fantasía, que crea dentro de los términos de la verosimilitud y hasta de la mera posibilidad, en tanto que la experimentación excluye toda intervención de la fantasía: de modo que «novela» y «experimentación» son dicciones antónimas, contrapuestas



D. Ezequiel Montes